

La ciudad como aula

Desde hace muchos años, incluso siglos, los pedagogos han venido planteando la necesidad que los maestros articulen sus enseñanzas a la realidad social en la que están inmersos. Pero esto, generalmente, se ha interpretado como un ejercicio en el que los contenidos se diseñan de tal manera que muestren dicha realidad; en algunos casos se desarrollan actividades prácticas, de laboratorio, para que niños y jóvenes tengan la posibilidad de vivenciar lo real, pero siempre dentro de la escuela.

De otra parte, desde hace algunas décadas se ha venido hablando de que la ciudad es un espacio educativo. Bajo el concepto de ciudad educadora se propone que diferentes escenarios urbanos asuman un papel educativo explícito.

También ha hecho carrera la práctica de hacer visitas guiadas de los maestros con sus niños y jóvenes a diferentes sitios de la ciudad, museos, centros turísticos, etc. Pero generalmente estas son actividades extracurriculares, muy pocas veces articuladas al desarrollo de los programas académicos que se adelantan en las diversas materias.

En todo caso, parece que nada de esto hace que las rutinas y los rituales tradicionales cambien en la escuela. A pesar de lo anterior, la escuela sigue funcionando alrededor de los horarios, de las materias, de los reglamentos, de los recreos, de los exámenes, en fin.

Aula Urbana cree que la relación entre ciudad y escuela se puede cambiar. Hoy en día hay que replantear radicalmente la forma como se distribuyen el tiempo y el saber en la escuela. La escuela puede organizar su currículo en función de aquello que los niños y los jóvenes necesitan saber para ser ciudadanos activos, críticos y competentes, para que dentro de la especificidad de los diferentes grupos sociales que existen en

una ciudad como la nuestra puedan definir las condiciones de vida digna que ellos merecen.

Para ello, la ciudad debe abrirle las puertas a la escuela. Es decir, toda su infraestructura tecnológica, cultural, política, deportiva, recreativa y social, propia de la ciudad puede ponerse a disposición de la escuela. Las fábricas, las empresas, las instituciones públicas, los escenarios culturales, deportivos y recreativos de comunicación, pueden ofrecer un paquete pedagógico para que los maestros los incluyan dentro de sus programas y los trabajen interdisciplinariamente.

El saber y el conocimiento pertinente para vivir hoy, hace mucho tiempo que no se producen ni circulan en la escuela, están afuera. Lo que corresponde ahora es ir a buscarlos en donde están. De hecho, los niños y los jóvenes aprenden muchas cosas por fuera de la escuela, pero ésta no lo reconoce. Por eso es que ya ellos no le encuentran sentido a lo que hacen allí, por eso es que la violencia contra los profesores, e incluso contra su infraestructura física, se ha incrementado.

Pero entonces, ¿qué hacemos con las aulas y con los edificios escolares? ¿Qué hacemos con los maestros y con los textos? Primero que todo, los maestros son los encargados de hacer la mediación entre la ciudad -como lugar donde se encuentra lo que hoy hay que aprender- y la escuela. El edificio escolar sería el lugar del encuentro, la socialización, la sistematización y para la profundización. En el salón de clase se pueden revisar los textos y realizar las discusiones necesarias para aclarar y sistematizar todo lo que se viva en la ciudad.

Si esto fuera posible, la jornada única podría funcionar desde ya, porque los cien o los mil niños o jóvenes que antes estaban en dos jornadas, podrían alter-



narse los turnos dentro de una sola, de tal manera que mientras unos están en las actividades de la ciudad, los otros están sistematizando y complementando en la escuela.

La ciudad como aula sería una posibilidad de entender la relación ciudad-escuela de otra manera. Es un sueño, quizás, pero como todo sueño es el horizonte en el que nos movemos, esperando que algún día, los niños y los jóvenes, las niñas y las jóvenes, puedan tener un lugar para vivir, sin esperar a que los adultos les demos permiso.

En tiempos de recuperación

Los logros perdidos

Mientras el resto de sus compañeros disfrutaban las vacaciones, un grupo de muchachos y muchachas que asistían a una escuela urbana para estudiar, fueron informados por la maestra sobre los resultados académicos finales. La maestra le precisó a Juan que había perdido todos los logros. Ante eso, le preguntó al joven sobre lo que haría. Él le respondió que no sabía.

Quizá la escuela tampoco sabe qué hacer, las familias, los vecinos, los maestros, los directivos, la administración local y central de la ciudad. Muchos ciudadanos no han tenido la oportunidad, ni han sido convocados a participar en un movimiento de reflexión, pensamiento y opinión sobre la educación para proponer acciones tendientes a cualificar y transformar la escuela, como lo recomienda la Misión de Educación, Ciencia y Desarrollo.

¿Cuáles son los logros que se pierden? ¿Quién pierde todos los logros? Todo parece indicar que no es Juan. El contrasentido del titular expresa más el carácter de las políticas de implementación de la reforma educativa, de las directrices y regulaciones contradictorias dadas en distintos momentos del desarrollo de la Ley General de Educación, de la gestión de los procesos de transición y cambio y de la capacidad de adaptación y

de resistencia del magisterio a la investigación e innovación educativa. Los logros y sus indicadores se impusieron, todos redactan y llenan planillas de logros, algunos ya los comercializaron, todo en evaluación es distinto pero sigue igual. La gestión del espíritu progresista de la ley muestra señales de fracaso. Las administraciones dan un paso adelante y tres para atrás.

La evaluación escolar debe, inicialmente, centrarse en la valoración de la profesionalidad del trabajo docente y la gestión educativa. La permanente mirada crítica, reflexiva e investigadora ha de escudriñar los principios y estrategias pedagógicas empleadas por los maestros, los enfoques y métodos cognitivos utilizados, las formas de trabajo implementadas, los procesos y competencias promovidos, los conceptos construidos, las actitudes y valores fomentados y los registros y sistematizaciones desarrolladas sobre la vida escolar. La indagación constante también ha de revelar las relaciones dadas al interior de los centros educativos, de éstos con la ciudad y la localidad, las formas de organización, de gobierno y de comunicación en la escuela, las maneras de adquirir y manejar los recursos y las premisas del diseño de los proyectos de la planeación y evaluación institucional. Los resultados de esta valoración son aquellos que posiblemente

te pueden predecir la calidad, éxito o fracaso de la escuela.

Los maestros, los niños y jóvenes, sus familias o comunidades han de diseñar los diversos instrumentos para dar cuenta y darse cuenta de su quehacer escolar, con registros de los distintos momentos del proceso, con orientaciones oportunas del acompañamiento, con resultados de las tutorías, guías o trabajos dirigidos y con sistematizaciones por ciclos, proyectos, actores o procesos.

La evaluación constante es la posibilidad de tiempos y espacios para darnos la oportunidad de la pregunta, del diálogo, del encuentro con la vida, de la búsqueda, del placer y la angustia del conocer, de reconocer al otro, de descubrir el mundo, de andar nuevos caminos, de hallar la riqueza del misterio y la incertidumbre, de no repetir la historia, de intuir otras conexiones de la cotidianidad, de soñar otros modelos de desarrollo, de jugar con lo aprendido, de asumir nuevos retos, de dimensionar las realizaciones, de valorar las prácticas culturales, de... La evaluación es el momento de recuperar el sentido educativo centrado en la promoción y desarrollo de la potencialidad humana de todos los sujetos participantes en la vida escolar.